



VI Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2014

**VI CONGRESO VIRTUAL SOBRE
HISTORIA DE LAS MUJERES.
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2014)**



**La mujer en Grecia y Roma.
Germán Molina Ruiz.**

La Mujer
en
Grecia y Roma

Introducción

El presente estudio tiene como finalidad exponer brevemente la figura de la mujer en la cultura grecolatina. Para ello se ha dividido la investigación en diferentes apartados, siendo el primero el correspondiente a la mujer griega y su estructuración social. Dado que la mujer helena y romana estaban sujetas a unos preceptos sociales y culturales muy parecidos, el apartado que recoge la figura de la mujer romana se ha centrado en señalar las principales diferencias con su homóloga helena para no caer en la reiteración de conceptos.

Habrà también un apartado exclusivo para la figura de la prostituta y sus diferentes clases, tanto en la Antigua Grecia como en Roma. Esto responde a la necesidad de resaltar, por un lado, la figura de la mujer emancipada económicamente y por otro cómo su sexualidad y el poder que ésta ejerce sobre el hombre se traduce en una percepción completamente diferente de la mujer dentro de estas sociedades.

Para finalizar se hará un breve estudio sobre la representación de la mujer en la propia tradición mítica grecolatina, al ser el mito clásico un factor de vital importancia para comprender tanto la realidad de las sociedades griegas y romana como su impacto cultural. Por esta misma razón, el estudio se extenderá a la literatura grecolatina, principal receptora de esta tradición mítica y que también refleja una gran cantidad de valores concernientes a la mujer y su percepción social.

La mujer en Grecia

Es esencial apuntar, en primer lugar, que la inmensa mayoría de los escritos que nos han llegado desde la Antigua Grecia y Roma han estado escritos por hombres. Por esta razón hay que tener en cuenta que todas las percepciones y apreciaciones subjetivas que aparezcan en adelante deben ser trasladadas a la mentalidad del hombre heleno de hace más de dos mil años.

Las mujeres eran sometidas a no poca presión, siendo esta proporcional al poder de atracción que infligían sobre los hombres. La mujer era acusada y públicamente rechazada por su irracionalidad y la lascivia, características profundamente negativas que correspondían principalmente a la proyección de su sensualidad, suavidad y ternura que causaban al hombre una atracción más allá de lo racional, y que siendo esto así no se podía permitir. El hombre heleno no podía perder el raciocinio ante sus congéneres, pues si por algo se caracterizaba era por su capacidad de someter sus sentimientos a la razón. Este hecho es completamente contrario a los principios actuales y derivados de la cultura judeo-cristiana de amor romántico y monogamia, pues en la Antigüedad eran puras aberraciones contrarias a la naturaleza masculina. Por lo tanto, las mujeres como meros objetos de deseo y de rechazo a partes iguales tenían que estar sometidos y encerrados en su gineceo, y en el que sólo se les permitía hacer una serie de limitadísimas acciones. A las mujeres en Grecia había que evitar educarlas y darles cualquier tipo de poder intelectual para no hacerlas poderosas, pues la mujer era casi una retrasada mental en la percepción sexista y falocéntrica del hombre griego.

Aclarado este primer y necesario punto, se puede afirmar que la esposa legítima era un mal que habría que sufrir para poder otorgar descendencia ciudadana a las diferentes polis griegas. Este matiz es muy importante puesto que el hombre fue el encargado de asentar las normas y las reglas sobre las cuales la sociedad helena se iba a cimentar. Excepto en Esparta, en el resto del territorio griego las costumbres con respecto a las mujeres, su percepción y hábitos eran similares. Hay otra coordenada que es necesario tener en cuenta: el rango social. A ojos de los hombres, cuanto más alto se encontrara una mujer en la escala social, mayor habría de ser su discreción, y consecuentemente, su honorabilidad. El propio Pericles afirmará que las viudas atenienses habrían de guardar una discreción que las convirtiera casi en invisibles.

Empecemos pues por las mujeres más alejadas de este prototipo, que no son otras que las esclavas. Éstas, a pesar de tener una serie de trabajos encomendados mayoritariamente dentro del seno del hogar (si pertenecían a una familia acomodada), eran meras pertenencias humanas a completa

disposición del cabeza de familia, amo y señor del hogar. Las esclavas desarrollaban todo tipo de labores dentro del hogar, ayudando mayormente a la señora de la casa que se encargaba de repartir las tareas, pero también podrían estar entrenadas para bailar y tocar algún instrumento pudiendo amenizar las veladas del señor. Otra particularidad de estas mujeres reside en estar a completa disposición de sus señores, y podría darse el caso de poder incluso ser tomadas y ofrecidas por su amo o por los invitados de éste, puesto el estado de esclavitud se extendía desde la ausencia autonomía de la voluntad hasta la de su propio cuerpo.

Esta condición de sumisión total a la voluntad del amo se traducían a veces en trabajos forzados, y la disponibilidad física derivaba a veces en la práctica del proxenetismo, en la que las esclavas femeninas eran comercializadas como prostitutas, *pornai* en este caso, de bajo coste ofreciendo así una serie de ganancias netas a sus dueños. Este fenómeno se estudiará con mayor atención en el apartado posterior “prostitutas y meretrices”. Es importante apuntarlo de una manera sucinta dentro de este mismo capítulo pues es necesario conocer que a veces resulta una labor complicada trazar los límites entre la actividad sexual de la mujer, remunerada o no, y su posición dentro de la sociedad. Esto sucede al estar ambos intrínsecamente ligados, ya que la mujer se encuentra suscrita a la voluntad y sexualidad masculina, y por tanto a su percepción y ordenación social. Sin embargo, se han intentado establecer esta diferenciación entre las mujeres que no obtenían ninguna compensación económica por sus favores sexuales y las que sí. Como veremos más adelante dentro de este último grupo había grandes diferencias entre las mujeres que se sometían voluntaria o involuntariamente a esta actividad.

Volviendo a la figura de la esclava ajena al mundo de la prostitución, se puede apreciar que tenía sus propios rangos, y que no todas eran tratadas como mercancías humanas. Había hogares que ofrecían a sus cautivos dignidad y oficios verdaderamente útiles, tal era el caso de los *pedagogos* masculinos o las *dispenseras*, en el caso de las mujeres. Este puesto para las esclavas era de especial importancia, pues suponía el rango de mayor responsabilidad y de mayor confianza ofrecido a una mujer. Ayudaba activamente a la señora de la casa y todos los enseres y alimentos estaban sometidos a su juicio y distribución. Esto incluso se podría traducir en una relación cercana con los señores del hogar, especialmente al ama, pues como se verá más adelante, era ésta la encargada de repartir todas las labores domésticas.

Subiendo un peldaño en el escalafón social de la Grecia Antigua, nos encontraríamos ante las mujeres de entorno más humilde, pero que aún así serían dueñas de su libertad. Este concepto hay que matizarlo, puesto que las esclavas carecían de cualquier tipo de autonomía (inclusive su propio

cuerpo, tal y como ha quedado aclarado anteriormente), sin embargo, la mujer que era nacida libre no disfrutaba de la libertad tal y cómo la conocemos a día de hoy, sino que por el contrario se encontraría siempre sometida a la tutela de un hombre. Éste podría ser su padre, hermano o marido, por lo que el concepto de eterna menor de edad del que se ha hecho gala para describir a la mujer en la Antigüedad lo representa a la perfección.

Al adentrarnos al estudio de la mujer libre pero humilde helena hay que tener en cuenta que nos encontramos ante un estrato social del que no se han escrito demasiado, pues la historia ha estado mayoritariamente escrita por hombres y casi exclusivamente por y para los poderosos. Podríamos asumir que las mujeres que tenían que valerse de sus propias manos y sus labores para sobrevivir tendrían una estima social aún menor de la que se lo podría profesar a una refinada esclava de un aristócrata ateniense, capaz de tejer o danzar para deleite de sus huéspedes. Sin embargo, hay un detalle que es de gran importancia a la hora de describir la vida de estas mujeres, mientras que, como veremos más adelante, las señoras de las casas adineradas estaban confinadas entre sus cuatro elegantes paredes, las mujeres de más baja cama, entre sus penurias para ganarse un sueldo, tenían que salir por obligación al exterior de sus hogares. Por ello es que, a pesar de la incómoda y precaria vida que llevaban, tenían la posibilidad de pasearse por el ágora aunque sólo fuera a llenar sus cántaros de agua, o tostarse antiestéticamente bajo el sol en un puesto en el que vendieran los productos que les ofrecieran sus pequeñas porciones de tierra, o los que sus maridos pudieran crear con sus propias manos.

Es tentador, por tanto, afirmar que las mujeres de clase social humilde eran más libres que sus homólogas acomodadas o aristócratas, pero es importante también recordar que la mujer era una menor de edad perpetua, a ojos de sus semejantes masculinos, a la que habría que sufrir para poder ofrecer ciudadanos a la polis, o descendencia a la familia. Por lo tanto, a pesar de que estas mujeres tienen una cierta libertad de movimientos, no sería acertado creer que éstas fueran capaces de disfrutar de la libertad completa y emancipada que los hombres griegos disponían. Esto ocurre por el influjo social del concepto de mujer que se tenía en general, en el mejor de los casos se trataban de menores de edad, en otros eran seres irracionales y lascivos que eran incapaces de controlar sus más básicos instintos. Como ejemplo se puede exponer que el propio Sócrates bromeaba sobre cómo escogió a la mujer más insoportable que conocía para hacerla su esposa y así ejercitar la paciencia.

No es de extrañar, por lo tanto, que el amor romántico se reservara principalmente a los hombres entre sí, pues éstos eran los únicos capaces de poder comprender la complejidad del pensamiento racional masculino, bajo su punto de vista completamente sexista. Pero dentro de este mismo fenómeno también había férreas normas, las cuales se encontraban suscritas al arraigado concepto de pederastia en las que un hombre adulto (siempre mayor de 25 años) podía obtener los favores sexuales de un menor (de entre 14 y 17 años) a cambio de un entrenamiento social y militar. Nunca entre dos varones adultos.

A pesar de esta percepción negativa y general de la mujer, sí es posible afirmar que existía un grupo de éstas capaz de ganarse el respeto y el cariño de los ciudadanos masculinos griegos. Las *hetairas*. Pero al tratarse de unas mujeres cuya actividad era parecida a la de las cortesanas, se hablará detalladamente de ellas en el apartado de meretrices. Aún así se puede adelantar que estas mujeres autónomas y liberadas necesitaban la tutela económica de los hombres, pero sus ganancias las alejaban en rango del grupo de mujeres humildes anteriormente expuesto. Se podría decir que este grupo de mujeres era el más respetado y el que mayor grado de emancipación y autonomía tenía con respecto al hombre. Estas amantes de pago tenía gran cantidad de privilegios y conseguían sus honorarios a partir del único instrumento con el que podía traficar libremente: su cuerpo.

Finalmente podríamos ascender al último peldaño de la escala social de la Antigua Grecia. La esposa del aristócrata. Paradójicamente la mujer de mayor posición social era la que se encontraba más apartada y aislada del resto de la sociedad. Esto tiene una explicación lógica, pues al ser mayor la responsabilidad civil de la mujer, mayores eran a su vez las expectativas que generaba en su comportamiento. Comportamiento que habría de estar supeditado a la voluntad y la necesidades del hombre. Por lo tanto una perfecta señora aristócrata griega, especialmente ateniense, era una mujer refinada, discreta, cautiva en su propio hogar y sobre todo fértil para poder llevar a cabo la labor más importante que podría ejercer: ofrecer ciudadanos a la polis a la que pertenecía.

La señora de la casa estaba también en la cúspide de la pirámide laboral del hogar. Si anteriormente hemos visto que la esclava de mayor rango era la despensera, la señora de la casa era su superior inmediatamente. Todas las labores dentro de este campo estaban bajo su responsabilidad y dominio, aunque la mujer será especialmente valorada en el ámbito textil. Se esperaba de una señora que fuera capaz de crear las túnicas de los habitantes de su hogar, o tejer bellos tapices que adornen sus paredes. Es imposible no mencionar aquí al ideal de esposa por antonomasia: Penélope, que aunque posteriormente su rol y el modelo que representa sea explicado con profundidad, cabe decir que define el ideal de esposa, tanto por la sumisión que profesaba, como por sus capacidades textiles.

La mujer en Roma

Gracias a los archivos legales y a obras como la de Eva Cantarella podemos acceder a testimonios directos sobre la legislación romana y a su vez ser testigos de cómo la percepción social, y por extensión, jurídica de la mujer en Roma sufrió una gran transformación, que si bien no se puede considerar como fruto de movimientos feministas tal y como los podríamos reconocer a día de hoy, sí que se puede apreciar una fuerte emancipación. Eso sí, siempre proporcional a su poder adquisitivo.

Antes de adentrarnos a los pormenores de la situación de la mujer romana libre y “liberada” habría que hacer un recorrido a lo largo de su percepción y del ideal al que estaba sujeta. Al igual que la mujer griega, la romana era admirada por su discreción y había incluso deidades que influían presión sobre ella para que participara lo menos posible en la vida pública. Mejor dicho, nada. En líneas generales la mujer griega de la Antigüedad y la mujer romana tenían muchos aspectos en común, sobre todo en las clases sociales inferiores y en el estatuto de esclava. Sin embargo hay un matiz muy importante que será clave para que las *matronae* romanas pudieran tener un auto-concepto muy diferente de sí mismas. Las mujeres de las capas sociales más altas, a parte de ser un mero *venter* como sus homólogas helenas, también participaban activamente en la educación de sus hijos y futuros ciudadanos de renombre de la aristocracia romana mientras que las mujeres griegas, madres de hijos aristócratas, no interferían en absoluto en la formación de sus hijos, ya que éstos quedaban confiados a los pedagogos que serían sus formadores.

Por lo tanto nos encontramos ante un grupo de mujeres de posición acomodada que se conocen esenciales para que el engranaje social de las más altas esferas del estado al que pertenecen funcione a la perfección. Este hecho por sí mismo es de gran valor, pero si le añadimos el respaldo legal que obtuvieron al adquirir la capacidad de heredar tanto los bienes de su familia directa (padres, maridos, hermanos) como los de su familia política (suegros, cuñados), siempre siguiendo una serie de requisitos específicos, conseguimos encontrarnos frente a un grupo de mujeres que concentran un poder económico y legal sin precedentes conocidos. Sin embargo, como Cantarella apunta, es muy importante dar constancia de la imagen que las mujeres romanas tenían de sí mismas para poder comprender cómo, paradójicamente, nunca intentaron acceder a los terrenos laborales del hombre y desarrollar así un feminismo como lo comprendemos a día de hoy.

La mujer romana se sentía cómoda con su papel de madre y educadora dentro de la sociedad, con las ventajas que esto le ofrecía. Las *matronae* romanas estaban muy orgullosas de ser una pieza fundamental del engranaje social, mientras que los hombres morían heroicamente como soldados en los campos de batalla, las mujeres tenían la misma heroicidad en los precarios partos que tenían lugar en la Roma antigua. También se establecieron una serie de preceptos morales a lo largo de la época imperial augústea que pusieron en entredicho algunos comportamientos más o menos liberados de la mujer romana. Dado que en épocas anteriores de la sociedad romana se había fraguado un aire de decadencia moral a ojos de Augusto, éste se vio obligado a establecer unos preceptos legítimos que ofrecieran una serie de barreras morales que impidieran que la libertad degenerara en libertinaje y, consecuentemente, en una paulatina pérdida de poder sobre el individuo. Por lo tanto Octavio Augusto puso en marcha una serie de leyes que velaban por la decencia de las matronas romanas. Es decir, las controlaba con una serie de preceptos morales contrarios a la realidad social que la mujer estaba experimentando desde hacía generaciones.

Sin embargo, a lo largo de la Historia de Roma han surgido algunas voces femeninas que han transgredido los límites legales y sociales, pues algunas mujeres han sido capaces de reivindicar derechos femeninos defendidos por ellas mismas como es el caso de Hortensia, o incluso recurrir leyes levantadas en detrimento de su patrimonio y ser vencedoras en este recurso. A pesar de que la mujer libre romana estaba concebida para reproducirse y criar a sus hijos, hay un selecto grupo de mujeres en esta sociedad que están eximidas de este afán reproductor, pero que aún así cargaban con una gran responsabilidad social y personal sobre sus hombros. Estas mujeres eran las vestales.

Las vestales eran las sacerdotisas de la diosa Vesta, la cual tenía un culto de gran importancia en Roma. Estas sacerdotisas tenían, entre varias de sus labores, la obligación de mantener constantemente encendido el fuego de una llama que había en su templo, el cual velaba por la ciudad de Roma. Como particularidad hay que resaltar que las vestales tenían que ejercer un celibato riguroso, tanto así que podrían padecer una pena de muerte si se demostraba lo contrario. Esta pena de muerte era efectuada con una particular crueldad, pues para eximir de culpa a sus verdugos, se encerraba viva a la vestal, hasta que ésta moría, o según pensaban los romanos, era llevada a los infiernos por Plutón y sus esbirros.

Dentro de la tradición y cultura romanas existían una serie de personajes femeninos cuya función era ofrecer unos modelos de conducta para ser seguidos o evitados. Uno de estos personajes femeninos era la madre de Rómulo y Remo, Rea Silvia, una vestal que tuvo la desgracia de quedarse embarazada de los gemelos más famosos de la historia de Roma, siendo entonces

castigada con su pena correspondiente. Lucrecia, por otro lado, era el ejemplo a seguir por todas las mujeres para poder alcanzar el respeto, el honor y la *uirtus* femenina. La particularidad de este personaje reside en la decisión de quitarse la vida tras ser agredida sexualmente, lo cual deja patente cuál sería la pauta a seguir tras una violación o una agresión que dejara en entredicho la honra de la mujer, y por consiguiente, la de toda su familia. Estos modelos tienen lugar en la cultura romana al darse el mismo fenómeno que tenía lugar en la cultura de sus homólogos griegos. La mentalidad paternalista y falocéntrica del hombre se encargó de desarrollar una máquina infernal para la mujer, pues confirió a la sexualidad de ésta un valor político de gran altura para poder mantenerla controlada. Es decir, dotando a la capacidad reproductora de la mujer una serie de mensajes de alto calado apoyados por unas bases histórico-literarias, se consiguió mantener el control de la capacidad generadora de ciudadanos y que ésta estuviera bajo el dominio masculino. De otro modo habría facilitado a la mujer una completa autonomía. Por esta razón se valoraba tanto la castidad dentro del propio matrimonio (Lucrecia) o se retrataba a la castidad como necesaria para las mujeres que estaban al servicio del estado (vestales), manteniendo así un férreo control sobre la natalidad y los poderes dominantes masculinos.

Sin embargo, como queda plasmado anteriormente, muchas mujeres fueron adquiriendo una serie de derechos, por los que ellas mismas fueron capaces de luchar, y también se sublevaron ante la férrea moral augústea que pretendía controlar la sexualidad de la mujer una vez más. Sencillamente muchas mujeres libres se inscribieron en el censo como prostitutas para poder mantener una vida sexual plena y libre sin el sometimiento del estado sobre su individualidad y elección personal. Por lo tanto se podría afirmar de que a pesar de que la mujer romana tuviera un concepto de sí misma como figura reproductora y desligada del mundo laboral masculino que imperaba política y socialmente, tenía claro que podía obtener ciertos privilegios y ciertas libertades que fue adquiriendo a medida que su poder adquisitivo era mayor, más estable y más aceptado socialmente.

No se puede decir que la mujer romana ganara la guerra de los sexos, pero sí se podría afirmar que obtuvo una holgada ventaja con respecto a las helenas.

Prostitutas y meretrices

En Grecia había dos tipos diferenciados de prostitutas, de naturalezas y clientela muy diferentes. Por un lado estaban las *pornai*, esclavas forzadas a vender sus cuerpos por precios más bien bajos y que estaban a manos de sus amos/proxenas. Son de especial reputación las que ejercían su labor en el Pireo, por lo que podemos asimilar que formaban parte de la relajación y diversión de los marinos que atracaban en este puerto tras haber sobrevivido a los males del mar. En este caso vemos cómo la prostitución está íntimamente ligada a la esclavitud y por consiguiente, no genera ningún tipo de autonomía para la mujer a pesar de obtener un beneficio económico, sino que realza su estatus de pertenencia y de cautiverio, pues dependían de la voluntad del amo para poder ganarse la libertad y la compensación económica que obtenían nunca iba a parar a sus propias manos.

Pero también es cierto que había otra vertiente de prostitutas, las *hetairas*. Éstas se diferenciaban de las anteriores por ser mujeres libres que se dedicaban a la prostitución, por lo tanto carecían de la tutela de un proxeneta, aunque sí es cierto que eran dependientes de los honorarios que los hombres le quisieran ofrecer. Para ello dependían de la habilidad para conseguir la atención y fidelidad de unos hombres que compartían vida y cama con unas esposas a las que consideraban inferiores, que rara vez ejercían algún tipo de actividad más allá del huso de hilar y que además carecían de cualquier tipo de formación. Por lo tanto estas refinadas mujeres, amantes de lo bello, poseedoras de cultura y capaces de mantener conversaciones filosóficas con el mismísimo Sócrates deleitarían a unos hombres hastiados de la vida matrimonial, mientras ellas conseguirían hacerse poseedoras de grandes capitales y hacerse influyentes a través de sus clientes.

La más conocida de todas las *hetairas* fue Aspasia, la amada de Pericles. Tan profunda fue la pasión que el político sintió por su querida que repudió a su propia esposa para poder vivir en libertad, aunque no carente de controversia, su relación amorosa. Las malas lenguas decían que se desconocía en los discursos de Pericles dónde estaba la diferencia entre las composiciones del político o las de la cortesana. Aun así Aspasia siempre será el referente de mujer inteligente e intelectual capaz de hacer historia.

A caballo entre la *hetaira* y la esposa se encontraba la concubina. Un hombre acomodado de la Grecia Clásica podría mantener a su legítima esposa, que le dotará de legítimos hijos, y por lo tanto manteniendo el control del hogar. Este padre de familia podría tener una o varias concubinas, con las que tener descendencia ilegítima y que eran elegidas para ofrecerle los favores sexuales que las legítimas esposas no tenían la obligación de ofrecer, pues su función era meramente reproductora.

La prostitución en Roma no difería demasiado de la que se desarrollaba en Grecia sin embargo, ésta estaba sujeta a un impuesto, que no todas las prostitutas cumplían, como era el caso de las *prostibulae* que no ejercían su profesión en los lupanares dedicados a estos fines y que emitían el impuesto. Puesto que existía la tasa, existía la norma y el registro, y este dato es importante pues permitió a muchas mujeres romanas inscribirse en el registro como prostitutas para poder ejercer una cierta libertad e independencia con respecto al hombre. Al igual que en Grecia, había una gran cantidad de diferentes rangos dentro del mismo oficio, desde las ya mencionadas *prostibulae* a las *delciatae* que eran de alta categoría. La prostitución por lo general tuvo una gran aceptación social, y se veía como una actividad positiva para los varones, pues permitía que los hombres presa de la lujuria no molestaran a las dignas esposas de otros ciudadanos, impidiendo así que se cometiera adulterio y evitando fatales desenlaces por mancillar el honor de una familia.

Diosas y heroínas

Una de las particularidades de la religión politeísta helena era la naturaleza de su propia transmisión. Mientras que en nuestra cultura judeo-cristiana estamos acostumbrados a la consagración de un texto matriz que recoge todas las normas morales, con sus consecuentes parábolas, la tradición mítico-religiosa helena era transmitida principalmente por poetas y aedos. Por lo que la tradición religiosa se mezclaba con las corrientes literarias vigentes, dando lugar a uno de los complejos culturales más importantes y de mayor impacto de la historia occidental universal. El panteón olímpico era por lo tanto generador de personalidades a las que respetar y temer, y a su vez de entretenidísimas historias que podrían poner en relieve los aspectos más humanos de las deidades, para desahogo de los temerosos humanos.

Dentro del elenco olímpico habría gran cantidad de deidades femeninas, que representaban distintas caras de la realidad social a la que estaba sometida la mujer. Incluso algunas sugerían figuras más allá de lo socialmente aceptable dentro de la jerarquía social imperante. Había varias deidades mayores que ejemplificaban el papel idealizado de una mujer: esposa y madre abnegada y entregada a su marido e hijos. Hera podría ser un ejemplo de tal tipo de consorte, si no fuera por los terribles perjuros que infundía a las queridas de su hermano y marido Zeus. Pero aún así era la diosa-reina de todos los dioses que mantenía una actitud de gran dignidad frente a todos los desaires que le hacía Zeus, por lo tanto ofrecía una lectura más que evidente para todas aquellas mujeres que se encontraban en la misma tesitura, y que no eran pocas, pues tanto la prostitución como el concubinato estaban aceptados completamente en la sociedad griega. Por lo tanto Hera personificaría a la mujer aristocrática griega que tendría que contentarse con su posición social y no esperar mucho más de un marido capaz de mantener todas las aventuras amorosas que considerara oportunas. Hay que resaltar que a la diosa no se le atribuyen aventuras románticas de ningún tipo.

Otra diosa que encarna uno de los ideales de mujer de la sociedad griega era Deméter. Al perder a su hija Perséfone raptada por Hades estuvo deambulando por todo el mundo en su búsqueda, siendo este un importante ejemplo de abnegación y entrega a los hijos. Sin embargo, dentro de este mismo mito podemos encontrar otra lectura sobre la concepción de la mujer gracias a la figura de Perséfone y su rapto.

El rapto dentro de la mitología grecolatina se repite en incontables ocasiones, siendo mayoritariamente llevado a cabo en contra de hermosas y desvalidas jóvenes, que se encuentran demasiado ensimismadas en sus quehaceres mitológicos (dándose baños, jugueteando con sus

compañeras ninfas...) o son engañadas estratégicamente por una deidad mayor (como es el caso de Europa o Leda) ejercer forzosamente de compañeras o para mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Podemos concluir la voluntad de la mujer para obtener cualquier tipo de favor o decisión que concierna a su propia vida, era obviada completamente, pudiendo ser forzada a ser entregada en matrimonio en contra de su voluntad o a mantener relaciones sexuales sin tener capacidad de oponerse.

Sin embargo dentro del elenco divino del Olimpo no todas las diosas eran representadas como madres y esposas abnegadas o mujeres sensibles de ser raptadas y forzadas. También existían deidades temibles, inteligentes e independientes. Dos de las diosas más importantes dentro de este rango y que se oponen diametralmente a Deméter y Hera son Artemisa y Atenea. Ambas tienen en común ser dueñas de sí mismas y representar conceptos altamente masculinos como son la caza y la guerra respectivamente. Sin embargo, ambas aportan unos matices que las diferencian de las deidades masculinas. Artemisa además de ser una gran cazadora también era la protectora de las parturientas. Y mientras que Atenea era una mujer de naturaleza bélica, también es cierto esta representación se centraba en la parte intelectual del conflicto, siendo por lo tanto protectora de las estrategias, a la vez que patrona de Atenas.

Artemisa y Atenea a su vez tenían otro detalle altamente esclarecedor: ambas eran diosas vírgenes. Por lo tanto somos testigos de cómo la sexualidad era una parte esencial de la que la mujer se tenía que desprender para poder llevar una vida activa y equiparable a la del hombre, ya que sería incompatible, en la Antigüedad, que sus compañeros fueran capaces de vislumbrarlas como iguales si a la vez las deseaban, pues entonces serían objetualizadas. Por ello es que en Roma las vestales tendrían que guardar un celibato riguroso durante treinta años, para que su naturaleza reproductora no tuviera que intervenir con el bienestar estatal, y por la misma razón Atenea jamás cayó en el influjo de Eros o Afrodita, pues era demasiado racional, demasiado intelectual e independiente para poder enamorarse o levantar la pasión de algún hombre.

Artemisa, por su lado, sí que estuvo enamorada según nos han trasladado algunos mitos, pero estos amoríos siempre eran infructuosos y jamás consumados, además la propia diosa evitaba activamente ser objeto del deseo de hombre alguno. Sorprendentemente su actitud masculinizada se prolongaba a su modo de amar, pues ella era la que hacía del hombre objeto de su amor, casi literalmente como fue el caso de Endimión.

Otro dato a tener en cuenta gracias a diosas como Atenea es la asexualidad de la intelectualidad helena. Por ello es que está representada en su mayoría por figuras femeninas, como es el caso de la propia diosa o del elenco de las Musas, todas mujeres, todas intelectuales y todas necesarias para el desarrollo de las artes. Podemos observar cómo la mujer es utilizada como personificación de conceptos abstractos intelectuales dada la naturaleza voluble a la que se le había asignado. Si era virgen, y por consiguiente respetable, podría encarnar las más altas concepciones de naturaleza masculina, pero si era sexuada era automáticamente objetualizada y esclava de su físico y del consecuente poder que despertaba sobre los hombres.

Pero si hay una diosa que asume todas las características femeninas por excelencia, es Afrodita. Es objeto de deseo, madre, esposa y amante. Bella pero infiel, voluble pero maternal, sexual pero regia. Esta amalgama de cualidades se han desarrollado a lo largo de innumerables mitos e intervenciones literarias. Mientras que en la tradición helena la sexualidad de la diosa se relataba con naturalidad, en la época imperial romana hubo intentos más o menos acertados de realzar su faceta maternal y personificación del amor casto, como es el caso de Venus en la *Eneida* virgiliana. Sin embargo, esta diosa lejos de ser ridiculizada, era venerada e incluso temida, pues más allá del concepto de amor romántico como lo percibimos a día de hoy, era diosa de la concupiscencia y más importante aún, de la belleza. Y era la belleza el máximo estandarte de los helenos, conscientes de la frugalidad de la vida y de la materialidad humana, y además para ellos había una unión íntima entre lo bello y lo bueno, es más, no hay diferencia lingüística para estos dos conceptos: *kalós*. Por lo tanto, más allá de las múltiples aventuras amorosas con mortales, inmortales, o las pasiones despertadas de manera conveniente o inconveniente, hacen de la diosa una de las más respetadas, y debido a sus influencias, de las más veneradas del panteón olímpico.

Hay un dato literario que nos ofrece una concepción general sobre cuál de los dos conceptos anteriormente expresados era el de mayor importancia en la sociedad helena. La tragedia *Hipólito* de Eurípides nos sirve como ejemplo de obra dramática en la que por un lado la virginidad de Artemisa es venerada en desmesura en detrimento a la devoción que habría de tenerle al amor y contacto carnal entre los humanos que predicaba Afrodita. Esta obra tiene un desenlace que no deja lugar a ninguna duda: la sexualidad masculina como poder perpetuador y creador es más valioso que su virginidad, pues desemboca en la desaparición del individuo y con él de su posible posibilidad de reproducir y crear nuevos ciudadanos. Por lo tanto, preferible es rendir culto a Afrodita y dejar el influjo de Artemisa para cuando el culto rendido a la primera ha florecido en un parto inminente.

Dentro de la mitología griega y más allá del panteón olímpico había lugar también para una serie de seres fabulosos y de género femenino que representaban ciertos aspectos que se contraponían y que a su vez personificaban una serie de elementos que atemorizaban a los hombres. Por estas razones son por las que la mayoría de los más terribles monstruos o seres más infames tenían forma, o parte, de mujer. Por un lado nos encontramos con bestias imaginarias con un físico mitad femenino mitad animal, tales como las arpías, las sirenas, las gorgonas, las lamías, la esfinge, Escila y Caribdis o Equidna. Todas ellas eran seres fabulosos, monstruos fusionados con animales voraces y mortíferos que representaban los temores del hombre. El hecho de que tuvieran elementos físicos femeninos nos sirve como ejemplo para poder apreciar la naturaleza hostil con la que la mujer era generalmente asimilada, pues todos estos personajes tenían un comportamiento completamente desnaturalizado y amenazante: las arpías convertían cualquier alimento que estuviera cerca de su presencia en putrefacto, las sirenas encantaban a los marinos con sus dulces cánticos para luego acabar con ellos, las gorgonas, eran capaces de transformar en piedra a cualquier desaprensivo que cruzase la mirada con alguna de ellas. La esfinge tenía la particularidad de estar dotada de una enigmática inteligencia, pero mezclada con la atrocidad de la antropofagia, Escila y Caribdis eran completamente monstruosas, pero con un pasado humano que las sumió en la desesperación de hacer desaparecer a los marinos que se cruzaran en su camino, y finalmente Equidna, con el poder creador de una matriz generó monstruos como Tifón para terror de los humanos y de los inmortales.

Pero no todos los seres fabulosos estaban mezclados con otros animales para ofrecer monstruos mitológicos, otras leyendas como la de las amazonas ofrecen una versión temible y amenazadora del propio concepto de femineidad extendido en la Antigüedad, pues se trataba de un pueblo que rechazaba activamente a los hombres, en los que éstos eran objetualizados y utilizados como mero instrumento reproductivo para poder perpetuar su propia estirpe de mujeres autosuficientes, guerreras e independientes. Ni que decir tiene que eran fieras luchadoras y una gran amenaza para la masculinidad y los hombres en general, pues se trataba de unas mujeres con los atributos viriles de belicosidad, agresividad y autosuficiencia.

Podemos imaginar a este grupo de mujeres perfectamente como la aberración y la antítesis del concepto de mujer y feminidad de la Magna Grecia.

La mujer en la literatura grecolatina

La realidad social del mundo grecolatino queda plasmada perfectamente en su impronta literaria, y por extensión la naturaleza segregada por géneros y estatus social de los individuos que conformaban estas sociedades. Dado que el estudio pormenorizado de este género dentro de la vasta literatura grecolatina ofrecería varios tomos, este extracto va a analizar a la protagonista de nuestro estudio a grandes rasgos, diferenciando principalmente entre las producciones poéticas y las dramáticas.

Dentro del primer campo es imperativo comenzar por el poeta de la tradición griega más universal: Homero. Gracias a los dos poemas épicos que se le han atribuido a lo largo de la historia de la literatura podemos tener un acercamiento a la percepción de la mujer dentro de su realidad social, aunque hay que apuntar que tanto los personajes femeninos homéricos como la realidad que relataba estaban sometidas a la idealización y engrandecimiento de la tradición poética oral en la que se pretendía engalanar un pasado embellecido para deleite de los nobles a los que se le relataban estas fantásticas historias épicas.

Por lo tanto, si tomamos a la *Iliada* y la *Odisea* como puntos de partida para el estudio de la mujer en la literatura clásica dentro de estos dos primeros testimonios tendríamos que empezar con la representación de dos personalidades contrapuestas: Helena y Penélope. Mientras que la primera personifica a la *femme fatale* capaz de hacer levantar a todos los reinos de Grecia contra Troya para que se declaren una sangrienta guerra que dure diez años, con incontables pérdidas en ambos lados, la segunda, prima hermana de la primera, representa el ideal de mujer regia: pasiva, paciente, fiel, leal, discreta y obediente, aunque tal y como apunta Bowra, con un toque de inteligencia para poder ser la legítima esposa del hábil en ardid, Odiseo. Por lo tanto, estos dos personajes ofrecen las dos caras de una misma moneda, ambas son esposas de reyes, ambas tienen procedencia divina y ambas están separadas de sus legítimos maridos, lejos de su patria.

Pero mientras que Helena enloquece de amor y deseo a todos los hombres que la conocen, Penélope sólo es asediada por una corte de pretendientes debido a su estatus social y posición económica. Podemos asumir que el ideal de esposa de la Antigüedad era Penélope, mientras que Helena personifica el tipo de mujer temida pero a la vez deseada capaz de despertar la *hybris* de los hombres. También es importante poner en relieve el detalle de la objetualización de la figura de Helena, pues debido a su belleza es elegida como el trofeo que la diosa Afrodita puede ofrecer como soborno para que Paris acceda a coronarla con el título de diosa más bella.

Dentro de la obra homérica se produce un fenómeno que rara vez tenía ocasión dentro de la sociedad helena y es la romantificación de las relaciones heterosexuales, por lo tanto tiene lugar efectos de alto calado sentimental como es la relación Penélope-Odisseo al igual que dentro de la *Iliada* se nos representa otro matrimonio con sorprendente profundidad romántica, como es la relación Héctor-Andrómaca. Esta princesa troyana por matrimonio vive la situación bélica en la que está sumida su ciudad de adopción con tremenda intensidad pues es de algún modo concedora de la suerte que a la que tanto ella como su familia se verá abocada.

El drama de su situación lo desarrollarán autores como Eurípides y Séneca en sus tragedias sobre las mujeres troyanas, y en los que se desarrollará su descenso en picado dentro de la escala social al ser convertidas en esclavas. Dentro de esta ruptura abrupta del orden social se encuentra otro personaje importante dentro de la mítica Iliupersis: Hécuba. La esposa de Príamo personifica el ideal de señora del *oikós* griego en tanto que convive con las concubinas de su marido al igual que acoge en el seno familiar a las esposas de sus hijos (incluyendo a Helena) las cuales son tratadas como parte directa de la familia, real en este caso. Como apunte sobre la concepción de la mujer habría que señalar a este mismo personaje dentro de la obra de Virgilio *Eneida* pues cuando el poeta latino relata el asedio de Troya, explicando la huida del héroe troyano, Hécuba suplica a su marido que no se enfrente a los dánaos por evidentes razones de inferioridad física, y cómo estas desesperadas peticiones son obviadas, casi de una manera cómica pero altamente creíble, por un marido que es a la vez rey y que está siendo asediado por un pueblo extraño. Por lo tanto, Hécuba ofrece la personificación de la esposa de avanzada edad que ha tenido que someterse a la voluntad del marido, dar cobijo a las concubinas de éste y que hasta el final de sus días, y de los de su marido, se le demuestra que su opinión más allá de los muros del gineceo es completamente innecesaria y sensible de ser ignorada.

Otra figura importante para el estudio de la mujer dentro de la Guerra de Troya es Ifigenia. La hija de Agamenón y Clitemnestra fue utilizada por su padre como ofrenda para que el dios Apolo concediera vientos favorables a los navíos aqueos. Por lo tanto somos testigos de la terrible deshumanización de las mujeres en la tradición clásica, puesto que los patriarcas eran capaces de sacrificar a su propia prole (femenina principalmente) para que los dioses les ofrecieran favores benignos a sus empresas. De esta lectura se pueden sacar varias conclusiones, la primera y más cercana al estudio de este texto, es la deshumanización de la mujer, que puede ser apreciada, y aceptada como una ofrenda al mismo nivel que eran las cabezas de ganado pero de una valía superior por formar parte de una familia real. Otro ejemplo podría ser la princesa Andrómeda. Pero también hay que tener en cuenta que estos poemas épicos fueron escritos en el siglo VIII a. C. y

compuestos varios lustros anteriores a este siglo, por lo cual la superstición y el sometimiento a la voluntad divina estaban a la orden del día. Faltarían aún que transcurrieran tres siglos para que se empezaran a cuestionar estos preceptos gracias al sofismo y a la democracia atenienses, que tendrán su repercusión las composiciones trágicas coetáneas.

Dentro de este ámbito aristocrático, pre-tiránico y pre-democrático, cabe hablar de una figura de capital importancia dentro de la literatura griega clásica y de la que realmente tenemos pocos datos biográficos que nos permitan componer una biografía exacta sobre su persona. Esta mujer y poetisa, la primera de la que tenemos noticia en Occidente es Safo de Mitilene.

A pesar de que sólo han sobrevivido unos cuantos fragmentos de la obra de Safo, se puede apreciar cómo la mayoría de sus composiciones estaban dedicadas al amor, en su más amplio espectro. Desde la invocación directa a la diosa Cipris, pasando por el profundo desaliento que producen los afectos no correspondidos o traicionados. Los tiernos versos lesbios de Safo nos envuelven en una plácida y cálida atmósfera de sensibilidad que nos permiten adentrarnos en la percepción romántica de una mujer perteneciente a la aristocracia campesina de Mitilene del siglo VI a.C. Su acomodada situación le dota de una despreocupación vital que se adentra en el mundo sentimental y pretende conocer sus avatares más intrínsecos para, de algún modo, evitar la amargura del desencanto amoroso. Safo canta a sus amigas, las compara con diosas:

“...
y cuando te miro de frente creo
que jamás *Hermíona* fue tan bella
y que no está mal que a la rubia *Helena*
yo te compare...”

les cubre de ornados elogios:

“... y un hermoso adorno de piel de *Lidia*
sus pies cubría...”

y describe con placidez una vida que recibe con los brazos abiertos a Afrodita en todas sus posibles manifestaciones, que le permite dejar una impronta literaria llena de agridulces testigos de unos sentimientos color pastel.

“... me ha agitado el Amor los sentidos
como en el monte se arroja a los pinos el viento.”

Hay varias teorías que explican la temática femenina de sus poemas. Algunos expertos afirman que escribía esos poemas como encargos para las bodas que se celebraban en Lesbos, en las cuales era la tradición recitar un poema a la novia. Por otro lado la *thiasos* sáfica se trataba de un grupo de muchachas encomendadas a la poeta para iniciarlas al matrimonio y sus vicisitudes, y es en este círculo de inocencia, juventud y descubrimiento que se pudieron desarrollar los delicados poemas de la literata, y también explicarían la facilidad de la misma para encontrar doncellas a las que dedicarles versos y la amargura de su separación, pues se producía a causa del matrimonio.

Su equivalente latina es Sulpicia, que según las palabras de Cantarella: “(...) *escribió poesías de amor, las únicas poesías de amor escritas por una mujer romana de la época clásica que han llegado hasta nosotros.* ” aunque al contrario que la de Mitilene, Sulpicia tuvo que buscarse un pseudónimo con el que firmar su creaciones y éstas no estaban dedicadas a otras mujeres romanas. A pesar del evidente valor literario de esta poetisa, no nos ofrece una temática tan reveladora en lo que a la figura de la mujer se refiere, pues Safo era mujer, se dedicaba a la literatura y dedicaba sus creaciones a otras mujeres. Este particular hecho, irreplicable durante centurias ha abierto la puerta a la especulación sobre la sexualidad de la poetisa y por ende de la mujer en la Antigüedad, ofreciendo por primera vez la posibilidad de comprender a la mujer como un ser sexuado capaz de tener su propia pulsión erótica más allá de lo establecido por la sociedad, o mejor dicho, por el hombre.

Dentro de las producciones literarias que ofrecen una vasta representación femenina y su comprensión dentro del marco social grecolatino está la tragedia. En este ámbito literario se desarrollaron una serie de personajes con gran peso dentro de la obra, siendo incluso protagonistas de célebres composiciones clásicas. Los personajes femeninos de esta disciplina ofrecieron la oportunidad a los dramaturgos de dar una nueva dimensión a la mujer de profundidad y de matices dentro de su comportamiento y de su posición frente a la sociedad y el mundo. En otras ocasiones ofrecieron la capacidad de personificar elementos discordantes y de actualidad política en las polis griegas.

Una de las obras más célebres y con mayor calado social y peso en términos femeninos es *Antígona*. Sófocles en un principio compuso esta obra trágica con la intención de ofrecer al espectador el conflicto social que ofrecía la democracia frente a la aristocracia y las leyes divinas, siendo nuestra protagonista, la encargada de personificar y defender las normas no escritas que respetan a los dioses. En este caso la hermana de Eteocles y Polinices personifica a la facción más conservadora, y como tal mantiene una encarnizada lucha verbal con su tío Creonte para hacerle entender que las leyes divinas no deben ser transgredidas por el hombre, como ser humano y como género. Por lo tanto esta figura tiene un doble valor, por un lado aporta un marcado carácter contestatario a una mujer que se supone debe estar sometida al hombre y a sus leyes, y por otro lado a la capacidad utilizar la figura femenina como elemento representación de conceptos conservadores y atemporales, los cuales podrían estar en contra de su propio beneficio personal. Tal es el caso de

Electra, la cual pretende vengar la muerte de su padre Agamenón a manos de su esposa y el amante de ésta, por lo tanto tenemos la representación de una mujer que, lejos de solidarizarse con las decisiones tomadas por una igual, decide posicionarse en contra de su propio sexo, como una presa del síndrome de Estocolmo. Este hecho, como hemos podido comprobar, no era del todo ajeno a la mujer grecorromana y ha forjado su propio destino durante generaciones.

Conclusión

Las figuras de Antígona y Electra nos sirven para sellar esta sucinta investigación con una reflexión, y es que la mujer grecorromana, a pesar de estar literariamente representada por mujeres contestatarias y capaces de levantarse contra los preceptos sociales eminentemente masculinos, como en el caso de Antígona o defender acciones y posiciones que lejos de favorecer la figura femenina como colectivo, contribuye con estas acciones a que ella misma quede aún más oprimida por su entorno, tal y como el mito de Electra nos revela.

Más allá de las figuras literarias están las propias figuras históricas, como es el caso de las *matronae* romanas que, a pesar de luchar por una serie de comodidades fiscales y aún teniendo la capacidad y posibilidad de ejercer profesiones eminentemente masculinas y tomar sus posiciones, decidieron apartarse de este camino para conservar su posición dentro de la sociedad perpetuando su rol. Por lo tanto nos podríamos preguntar si estas actuaciones contribuyeron a la liberación de la mujer, o simplemente a que fueran relegadas a un ámbito casero y familiar del que era difícil deshacerse. También es pertinente preguntarse si la liberalización de la mujer consistía en la Antigüedad en equipararla al hombre o aceptar su diversidad y respetarla.

Obviamente estas preguntas no ofrecen respuestas escuetas ni absolutas, y están aún presentes dentro de las ideologías feministas, neo-feministas y post-género. Siendo esto así, el propio hecho de que estas cuestiones aún estén en boga y sin respuestas concluyentes nos permite cuestionarnos si realmente hemos avanzado en materia de sometimiento de la mujer, dentro de nuestras capacidades culturales desarrolladas veinte siglos después de aquellas que acompañaron a la mujer clásica, o por el contrario estamos enconados en una situación que habrá de acompañarnos unas cuantas centurias más.

Bibliografía

- Atwood, M. *The Penelopiad : The Myth of Penelope and Odysseus*. Canongate, Londres. 2005.
- Bowra, C.M. *Introducción a la literatura griega*. Gredos, Madrid. 2008.
- C.S. “Vestales Guardianas del Fuego Sagrado de Roma.” *Memoria Historia de cerca XIII*, pp 89-94.
- Cantarella, E. *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*. Cátedra, Madrid. 1997.
- Dover, K, J. *Homosexualidad Griega*. El Cobre, Barcelona. 2008.
- Eslava Galán, J. *Amor y sexo en la Antigua Grecia*. Temas de Hoy, Madrid. 1997.
- Fox, R.L. *El Mundo Clásico, la epopeya de Grecia y Roma*. Crítica, Barcelona. 2008.
- García Gual, C. *Introducción a la mitología griega*. Alianza, Madrid. 1992.
- Homero. *Iliada*. Gredos, Madrid. 1982.
- Homero. *Odisea*. Cátedra, Madrid. 2009.
- Humbert, J. *Mitología griega y romana*. Gustavo Gili, Barcelona. 1993.
- Mossé, C. *La mujer en la Grecia Clásica*. Nerea, Hondarribia. 2001.
- Safo. *Mitos, Poesía*. Hiperión, Madrid. 1998.
- Sófocles. *Áyax. Las Traquinias. Antígona. Edipo Rey*. Alianza Editorial, Madrid. 2008.
- VV.AA. *Antología de la literatura griega*. Alianza, Madrid. 2008.
- VV.AA. *Atlas ilustrado de la España romana*. Susaeta, Madrid. 2008.
- VV.AA. *Cultura Grecolatina: Roma (I)*. U.N.E.D. Madrid. 2008.
- Virgilio, *Eneida*. 2006. Cátedra, Madrid